

Temperamento

Montse Molina Vives; Santiago Batlle Vila

El temperamento y el carácter son temas polémicos que generan confusión. La bibliografía que existe sobre ellos a veces es contradictoria. A menudo se suelen confundir y tomarse uno por el otro.

A lo largo de la historia de la psicología de la personalidad, cuyos orígenes se remontan a la Grecia Clásica, se han manejado diferentes conceptos afines, que podemos llamar sinónimos u homónimos al término personalidad, como el de "Temperamento". No obstante, algunos autores utilizan el término "Carácter" como sinónimo de personalidad.

El Temperamento

La palabra Temperamento entró a formar parte de la lengua en la Edad Media con la doctrina de los cuatro humores. Su significado hacía referencia a "...una constitución o hábito mental que depende esencialmente de la constitución física o está relacionada con ella". Por tanto, el término Temperamento lleva asociado el término constitución.

El estudio de los temperamentos ocupaba un papel importante en la psicología anterior al siglo XX.

El temperamento es la base biológica del carácter y está determinado por los procesos fisiológicos y factores genéticos que inciden en las manifestaciones conductuales. Es la manera natural con que un ser humano interactúa con el entorno. Puede ser hereditario y no influyen factores externos (sólo lo harían si esos estímulos fuesen demasiado fuertes y constantes); es la capa instintivo-afectiva de la personalidad, sobre la cual la inteligencia y la voluntad modelarán el carácter (en el cual sí influye el ambiente); hace referencia también la habilidad para adaptarse, el estado de ánimo, la intensidad, el nivel de actividad, la accesibilidad, y la regularidad.

El temperamento es la naturaleza general de la personalidad de un individuo, basada en las características del tipo de sistema nervioso.

Médicos de la antigüedad como el médico griego **Hipócrates** (460-370 aJC) y el médico turco-griego **Galeno** (129-200 aJC) distinguían **cuatro tipos de temperamentos**, considerados como emanación del alma por la interrelación de los diferentes humores del cuerpo:

- ✓ El **tipo sanguíneo** es alegre y optimista; una persona agradable con quien estar y cómodo con su trabajo. De acuerdo con los griegos, este tipo tiene una cantidad disponible abundante de sangre (de aquí surge el nombre de sanguíneo, del latín sanguis para sangre) y por tanto es un sujeto caracterizado por una apariencia siempre saludable, incluyendo los cachetes rojos.
- ✓ El **tipo colérico** se caracteriza por un pronto importante; por un temperamento inmediato en su expresión, usualmente de naturaleza agresiva. El nombre parte de la bilis (una sustancia secretada por la vesícula biliar para ayudar a la digestión) Las características físicas de la persona colérica incluye una tez amarillenta y musculatura tensa.

- ✓ Luego tenemos el **temperamento flemático**. Estas personas se caracterizan por su lentitud, desidia e inactividad. Obviamente, el nombre surge de la palabra flema, que es el moco que extraemos de nuestros pulmones cuando sufrimos una gripe o una infección pulmonar. Físicamente, estas personas son consideradas como frías y distantes, y estrecharles la mano es como estrecharlas a un pez.
- ✓ Finalmente, tenemos el **temperamento melancólico**. Estas personas tienden a estar tristes e incluso deprimidas y tienen una visión pesimista del mundo. El nombre ha sido adoptado como un sinónimo de tristeza, pero viene de las palabras griegas que designan a la bilis negra.

Esta teoría, tiene actualmente influencia en varios teóricos modernos. **Adler**, por ejemplo, relaciona estos tipos a sus cuatro personalidades. Asimismo Ivan **Pavlov** (1849-1936), intentó con su perro el condicionamiento (sonar una campana que señalaba la comida al mismo tiempo que sonaba otra que señalaba el final de la misma) Algunos perros aprendieron bien, y mantuvieron su comportamiento. Otros se enfadaron y ladraron como posesos. Unos más se tumbaron a dormir y algunos saltaban y se retorcían como si tuvieran una crisis de nervios.

Pavlov pensó que podía explicar estos tipos de personalidad a través de dos dimensiones: por un lado está el nivel global de estimulación (llamado excitación) que los cerebros de los perros tenían disponible. Por el otro, la habilidad de estos cerebros de cambiar sus niveles de estimulación; a saber, el nivel de inhibición que sus cerebros tenían disponible. Mucha estimulación y buena inhibición: sanguíneo. Mucha estimulación y pobre inhibición: colérico. No mucha estimulación y considerable inhibición: flemático. No mucha estimulación y pobre inhibición: melancólico. La estimulación sería algo análogo a la calidez y la inhibición sería algo parecido a la humedad.

Pavlov vuelve a retomar el concepto de Temperamento intentando relacionar las propiedades de la célula nerviosa (excitación-inhibición) en el Sistema Nervioso Central con la conducta del organismo. Esta corriente de investigación que se inició en el laboratorio con animales ha tenido sus seguidores en Rusia y en Polonia y ha influido en la psicología anglosajona de la segunda mitad del siglo pasado, influyendo decisivamente en las teorías biológico-factoriales de Eysenck, Gray, Zuckerman y Cloninger.

La evolución posterior a las teorías humorales del término Temperamento corresponde a las teorías tipológicas en las que se mantiene la continuidad entre el somatotipo, el Temperamento y la enfermedad. Estas son las teorías de Kretshmer y Sheldon, que gozaron de cierto interés en los años cuarenta y que están actualmente en desuso.

En Alemania **Kretshmer** (principios siglo XX) desarrollaba una clasificación de tipos somáticos con la que intentó relacionar una estructura corporal determinada y las tendencias psicológicas correspondientes. En su obra Constitución y carácter ofrece la clasificación de los temperamentos.

Partió de la observación de que la psicosis maniaco-depresiva la padecían generalmente aquellas personas con un tipo corporal que él llamó **pícnico**, y de que la esquizofrenia se daba, por el contrario, en otro tipo morfológico opuesto, que designó **asténico**. Luego amplió esa misma observación al círculo familiar del enfermo y, después, a los individuos normales.

A los tipos que encontró en el círculo familiar de los enfermos maniaco-depresivos y que estaban en las fronteras de lo psicopático los llamó **cicloides**, y a los del esquizofrénico, esquizoides.

A los temperamentos normales de uno y otro grupo los llamó **ciclotímicos y esquizotímicos** respectivamente.

Luego aisló otro tipo corporal, el **atlético**, que relacionó con el temperamento enequético.

Por otro lado, existe otra corriente de estudio del Temperamento iniciada por **Thomas y Chess** (1977) que intentan estudiar las características emocionales y comportamentales de los recién nacidos. Se ha comprobado que dichas características tienen una influencia en el desarrollo de la conducta de los individuos. Es decir, hay niños más movidos o quietos, irritables o calmados, o que reaccionan de forma diferente a los estímulos. Estas conductas no aprendidas, referentes a las conductas motoras, funciones vitales, atención, humor y adaptabilidad corresponderían a lo que se ha denominado **Temperamento infantil**.

Si seguimos la idea de **Allport** el Temperamento junto con la inteligencia y la constitución física, formaría el material bruto con lo que se constituye la **personalidad**. La definición del término Temperamento que da Allport es la siguiente:

“..el Temperamento se refiere a los fenómenos característicos de la naturaleza emocional de un individuo, incluyendo su susceptibilidad a la estimulación emocional, la fuerza y la velocidad con que acostumbran a producirse las respuestas, su estado de humor preponderante y todas las peculiaridades de fluctuación e intensidad en el estado de humor, considerándose estos fenómenos como dependientes en gran parte de la estructura constitucional y predominantemente hereditaria.”

El autor matiza que esta definición no implica que el Temperamento sea inmutable, ya que puede variar –dentro de ciertos límites-, como la constitución física o la inteligencia por el efecto del aprendizaje, y otras causas médicas, quirúrgicas o nutritivas.

El **Temperamento** se entiende como la predisposición con la que nacemos y que está regulada principalmente por factores constitucionales. Se refiere a los aspectos de la personalidad que tienen las siguientes características:

- ✓ Están ligados a sistemas neurobiológicos definidos, heredables moderadamente de forma independiente.
- ✓ En las dimensiones de Temperamento la varianza entre individuos en ellas, quedaría explicada por factores genéticos entre un 40 y un 65%.
- ✓ Se manifiestan precozmente en la vida, pudiéndose observar ya en la infancia temprana, encontrándose incluso en los más pequeños (de 0 a 3 años), una alta consistencia interna de las dimensiones
- ✓ Se mantienen estables a lo largo de la vida y casi no están influenciados por el ambiente social, pudiendo llegar a predecir moderadamente la conducta de la adolescencia y del adulto
- ✓ Implica las respuestas automáticas a estímulos emocionales, por lo que incluye aprendizajes preconceptuales o inclinaciones inconscientes, determinando hábitos, emociones o reacciones automáticas a la experiencia.
- ✓ Están basados en los principios de condicionamiento de la conducta.

Cloninger et al., (1993) propone que la estructura del Temperamento es un sistema complejo, organizado jerárquicamente y que puede descomponerse en subsistemas estables. Filogenéticamente primero apareció un sistema de inhibición conductual (Evitación del Daño) en todos los animales, luego se agregó un sistema de activación (Búsqueda de Novedad) en animales más avanzados y, más tarde, se agregaron subsistemas para el mantenimiento conductual (Dependencia de la Recompensa y Persistencia) en los reptiles y mamíferos.

El Temperamento está compuesto por 4 dimensiones o rasgos, que cumplen las características que se han expuesto:

Búsqueda de Novedad (BN).

- ✓ Evitación del Daño (HA).
- ✓ Dependencia de la Recompensa (RD).
- ✓ Persistencia (P).

El Carácter

El término Carácter, de origen griego (kharakter), significa marca o sello. Fue utilizado por **Teofrasto** para definir el conjunto de las características y estilo de vida propias del hombre.

La utilización moderna de este término parece obedecer a motivos culturales. Tradicionalmente se ha utilizado más en Europa que en América (por ejemplo, Freud hablaba de Carácter y no de personalidad). De hecho también se atribuyen características morales o éticas al término Carácter que serían impropias del término personalidad.

Al referirnos a que una persona tiene “buen carácter” solemos hacer mención a que es una buena persona (aspecto ético), mientras que al describir a una persona como poseedora de una “buena personalidad” nos referimos principalmente a eficacia social o estatus. Una distinción gráfica y útil de los términos Temperamento y Carácter podría ser la siguiente:

El carácter es una tendencia hacia un tipo de comportamiento que manifiesta el individuo.

Todos los elementos que integran el carácter se organizan en una unidad que se conoce como estabilidad y proporciona al carácter coherencia y cierto grado de uniformidad en sus manifestaciones, con los cambios lógicos que ocurren a lo largo de la vida.

En él intervienen principalmente las funciones psíquicas, así como la acción del ambiente. A partir de esos elementos se desarrollan los factores individuales, que conforman el particular modo de reaccionar y enfrentar la vida que presenta una persona.

El Carácter, como concepto psicológico, se ha relacionado más con la psicología filosófica derivada de Teofrasto, la caracterología francesa de los siglos XVII y XVIII, desligándose de la psicología científica.

Los herederos psicológicos modernos de la caracterología han sido los psicoanalistas. La teoría del desarrollo de la personalidad de Freud es buena prueba de ello. Los neoanalistas como Adler, Jung y Stern mantienen el término Carácter, que tenderá a ser sustituido por el término rasgo a partir de Allport, según él los rasgos representan disposiciones estables del comportamiento. Esto representa que los rasgos son tendencias de actuación relativamente estables y permanentes a lo largo de la vida.

El Carácter proporciona una descripción del psiquismo del sujeto como una estructura de auto conceptos y relaciones objetales que están modulados por el conocimiento de uno mismo y por el simbolismo

El Carácter hace referencia a los auto-conceptos que influyen en nuestras intenciones y actitudes, es lo que hacemos con nosotros mismos de manera intencional y básicamente se produce por la socialización, se desarrolla por medio del aprendizaje introspectivo o por la reorganización de los auto-conceptos.

La introspección es la aprehensión de relaciones, e incluye la organización conceptual de la percepción. En los seres humanos el aprendizaje introspectivo incluye el aprendizaje verbal, la adquisición de repertorios de aprendizaje o de cómo aprender y

la conceptualización abstracta que influye en las metas, en las conductas y en las esperanzas.

El Carácter puede describirse como la inclinación a responder a estímulos en función de los diferentes conceptos que los sujetos tienen sobre “que soy yo”, sobre “que somos nosotros” y sobre “por qué estamos aquí”.

El Carácter para **Cloninger** sería un conjunto de características que se van estructurando a lo largo del desarrollo a través de mecanismos socioculturales aprendidos, como valores, metas, estrategias de afrontamiento y creencias. Si el Temperamento es una disposición biológica el Carácter depende de las experiencias del sujeto. Las dimensiones del Carácter son tres:

- ✓ Autodirección,
- ✓ Cooperación y
- ✓ Autotranscendencia.

La Autodirección sería la capacidad que tienen las personas para controlar y regular la conducta a fin de ajustarla a sus principios, metas y creencias personales. Se relaciona con la madurez, autoestima y recursos generales de adaptación.

La Cooperación hace referencia a los comportamientos prosociales del sujeto. Tiene que ver con el altruismo, empatía y solidaridad. Es una medida de buena adaptación social.

La Autotranscendencia se vincula a los aspectos místicos y religiosos del concepto del universo de una persona. Se relaciona con la creatividad, fantasía e imaginación

La Personalidad

Es la integración dinámica de los patrones conductuales derivados del temperamento, carácter y los sistemas de valores internalizados

Eysenck y Eysenck (1987) definen la personalidad como una organización dinámica del carácter, temperamento, intelecto y físico, más o menos estable y organizada, de una persona que determina su adaptación única en el ambiente.

De este modo, la personalidad es "la suma total de los patrones conductuales presentes o potenciales del organismo, determinados por la herencia y el ambiente, se origina y desarrolla mediante la interacción funcional de los sectores formativos en que se originan estos patrones conductuales”.

La capacidad para iniciar, mantener o detener las conductas como respuestas automáticas inconscientes está inicialmente determinada por los factores de Temperamento, pero esos pueden modificarse y condicionarse como resultado de los cambios en la valoración que hacemos de los estímulos. Esta valoración está determinada por el concepto que tenemos de nuestra identidad.

Desde esta perspectiva, el desarrollo de la personalidad es un proceso epigenético reiterativo en el que los factores heredables del Temperamento motivan aprendizajes introspectivos de auto-conceptos que a su vez modifican la valoración que hacemos de los estímulos percibidos a los que respondemos inicialmente. De esta manera, se influyen el Temperamento y el Carácter en su desarrollo y ambos motivan la conducta final.

Las dimensiones del Carácter se heredan en una medida muy escasa, están moderadamente influenciadas por el ambiente sociocultural y, en particular, por el ambiente familiar, y se afianzan con el desarrollo y la relación con el entorno.

Cattell, a pesar de ser un autor 'ateórico' dentro del ámbito de la personalidad, puede representar un cierto nexo de unión entre el Temperamento y el Carácter. Al describir sus "16 factores" hace referencia a lo que posteriormente llamará "rasgos temperamentales y del carácter". Para él la personalidad estaría formada, además de por los rasgos temperamentales, por rasgos motivacionales, estados de ánimo, rasgos dinámicos, necesidades, impulsos actitudes, que el acaba resumiendo en rasgos temperamentales y rasgos dinámicos.

La teoría de **Eysenck** está basada principalmente en la psicología y la genética. Aunque es un conductista que considera a los hábitos aprendidos como algo de gran importancia, considera que nuestras diferencias en las personalidades surgen de nuestra herencia hereditaria. Por tanto, está primariamente interesado en lo que usualmente se le conoce como temperamento.

Eysenck es, el autor más representativo de los modelos factoriales-biológicos de la personalidad, en su modelo se pueden considerar diferentes períodos.

La Definición de la personalidad dada por Eysenck gira alrededor de cuatro patrones de conducta:

- ✓ el cognitivo (Inteligencia),
- ✓ el conativo (carácter),
- ✓ el afectivo (temperamento)
- ✓ y el somático (constitución)

La investigación original de Eysenck mostró dos dimensiones principales de temperamento: neuroticismo y extraversión-introversión.

Neuroticismo: Este es el nombre que Eysenck dio a una dimensión que oscila entre aquellas personas normales, calmadas y tranquilas y aquellas que tienden a ser bastante "nerviosas". Su investigación demuestra que estas últimas tienden a sufrir más frecuentemente de una variedad de "trastornos nerviosos" que llamamos neurosis, de ahí el nombre de la dimensión. Pero debemos precisar que él no se refería a que aquellas personas que puntuaban alto en la escala de neuroticismo son necesariamente neuróticas, sino que son más susceptibles a sufrir problemas neuróticos. Eysenck estaba convencido de que ya que todo el mundo se puntuaba en algún punto de esta dimensión de normalidad a neuroticismo, era esto un indicador verdadero del temperamento; es decir, que esto era una dimensión de la personalidad apoyada genética y fisiológicamente. Eysenck hipotetizó que algunas personas tienen una mayor respuesta simpática que otras. Algunas se mantienen muy calmadas durante situaciones de emergencia; otras sienten verdadero pánico u otras emociones y algunas otras se aterrorizan con situaciones menores. Quizás el síntoma neurótico más "arquetípico" es el **ataque de pánico**. Eysenck explicó los ataques de pánico como algo parecido al sonido agudo que uno escucha si acerca un micrófono a un altavoz: los sonidos pequeños que entran al micro se amplifican y salen por el altavoz y vuelven a entrar por el micro, se vuelven a amplificar y así sucesivamente hasta que oímos el típico chirrido que nos encantaba producir cuando éramos chicos (muchos guitarristas eléctricos usan este sistema para mantener notas durante mucho tiempo.) Bien, el ataque de pánico sigue el mismo patrón: estás moderadamente asustado por algo (cruzar un puente, por ejemplo) Esta situación provoca que se active tu sistema nervioso simpático, lo que te hace estar más nervioso y por tanto más susceptible a la estimulación, lo que hace que tu sistema esté aún más atento, lo que hace que estés más nervioso y más susceptible...¡Podríamos decir que la persona neurótica está respondiendo más a su propio pánico que al objeto productor del mismo!

Extraversión-introversión Esta segunda dimensión se parece mucho a lo que Jung decía en los mismos términos y algo muy similar también a nuestra comprensión bajo

el sentido común de la misma: personas tímidas y calmadas versus personas echadas para adelante e incluso bullosas. Esta dimensión también se halla en todas las personas, pero su explicación fisiológica es un poco más compleja.

Eysenck hipotetizó que la extraversión-introversión es una cuestión de equilibrio entre “inhibición” y “excitación” en el propio cerebro. Estas son ideas de las que Pavlov se sirvió para explicar algunas de las diferencias halladas en las reacciones al estrés de sus perros. La **excitación** es el despertar del cerebro en sí mismo; ponerse a alerta; estado de aprendizaje. La **inhibición** es el cerebro “durmiente”, calmado, tanto en el sentido usual de relajarse como en el de irse a dormir o en el sentido de protegerse a sí mismo en el caso de una estimulación excesiva. Hay personas que sencillamente se desmayan ante un estímulo demasiado poderoso.

Alguien que es extravertido, decía Eysenck, tiene una buena y fuerte inhibición: cuando se le enfrenta a una estimulación traumática (como un choque en un automóvil), el cerebro del extravertido se inhibe, lo que significa que se vuelve “insensible”, podríamos decir, al trauma y por tanto recordará muy poco de lo que ha ocurrido. Después del accidente de coche, el extravertido podría decir que es como si hubiese “borrado” la escena y le pediría a otros que le recordasen la escena. Dado que no sienten el impacto mental completo del accidente, podrían estar conduciendo perfectamente al día siguiente.

Por otro lado, el introvertido tiene una pobre o débil inhibición: cuando hay un trauma, como el accidente de coche, su cerebro no le protege lo suficientemente rápido; no se “apaga” en ningún momento. Más bien están muy alertas y aprenden bastante, de manera que pueden recordar todo lo que ha pasado. Incluso dirían que han visto el accidente en “¡cámara lenta!” Es muy poco dado a querer conducir después del accidente e incluso podría llegar a dejar de hacerlo para siempre.

Ahora bien, ¿cómo esto conlleva a la timidez o al amor entre personas? Bueno, imaginemos que tanto el extravertido como el introvertido se emborrachan, se quitan las ropas y se ponen a bailar desnudos en una mesa de un restaurante. A la mañana siguiente, el extravertido nos preguntará qué ha pasado (y que dónde está su ropa) Cuando se lo digamos, se reirá y empezará a hacer planes para hacer otra fiesta. Por otro lado, el introvertido recordará todas y cada una de las mortificantes escenas de su humillación y probablemente nunca saldrá de su habitación. Quizás, algunos de los extravertidos que me están leyendo en este momento me podrían decir si Eysenck describe sus experiencias tan bien como a mí, asumiendo, claro, que pueden recordarlas.

Una de las cosas que Eysenck descubrió fue que los criminales tendían a ser extravertidos no neuróticos. Es lógico, si lo pensamos detenidamente: ¡es difícil imaginarse a alguien dolorosamente tímido que recuerda sus experiencias mientras está asaltando un Supermercado! Incluso es aún más difícil imaginarse a alguien con ataques de pánico haciéndolo. Pero, comprendamos que existen muchos tipos de crímenes aparte de los violentos que los introvertidos y los neuróticos pueden llevar a cabo.

Neuroticismo y extraversión-introversión

Otra cosa que Eysenck señaló fue la interacción de ambas dimensiones y lo que esto podría significar con respecto a varias problemáticas psicológicas. Halló, por ejemplo, que las personas con fobias y con trastornos obsesivo-compulsivo tendían a ser bastante introvertidos, y las personas con trastornos conversivos (p.e. la parálisis histérica) o con trastornos disociativos (p.e. amnesia) tendían a ser más extravertidos. Veamos la explicación: las personas altamente neuróticas sobre-responden a un estímulo amenazante; si son introvertidos, aprenderán a evitar las situaciones que le causan pánico muy rápida y bruscamente, incluso hasta el punto de sentir mucho miedo ante pequeños símbolos de esas situaciones; es decir, fobias. Otros introvertidos aprenderán (rápida y bruscamente) comportamientos particulares para

controlar sus miedos, como chequear muchas veces las cosas o lavarse las manos innumerables veces a lo largo del día.

Los extravertidos altamente neuróticos, por otro lado, son buenos para ignorar y olvidar aquello que los sobrecarga. Se valen de los clásicos mecanismos de defensa, tales como la negación y la represión. Convenientemente pueden olvidar aquella dolorosa semana, por ejemplo, o incluso “olvidar” su habilidad para sentir y usar sus piernas.

Psicoticismo

Eysenck llegó a reconocer que aunque utilizaba una gran población para sus investigaciones, había un tipo de población que no estaba considerando. Empezó a llevar sus estudios a las instituciones mentales de Inglaterra. Cuando se analizaron estos datos mediante la técnica factorial, un tercer factor significativo empezó a emerger, el cual llamó psicoticismo.

De la misma forma que el neuroticismo, la alta puntuación en psicoticismo no necesariamente indica que eres psicótico o que estás condenado a serlo, simplemente que tienes cualidades que se hallan con frecuencia entre psicóticos, y que probablemente serás más susceptible, en ciertos ambientes, a volverte psicótico.

Efectivamente, como podríamos imaginarnos, los tipos de cualidades halladas entre puntuaciones altas en esta dimensión incluyen una cierta temeridad; una despreocupación por el sentido común o convenciones; y un cierto grado de expresión inapropiada de la emoción. Es esta la dimensión que separa a aquellas personas que terminan en instituciones del resto de la humanidad.

En una primera época se describen y avalan psicométricamente las dimensiones de Neuroticismo y Extraversión. Estas dimensiones se consideran factores independientes entre ellos, que están formando parte de una estructura jerárquica de la personalidad. En una segunda época propone, acercándose con ello más a lo que hoy en día entendemos como modelos factoriales biológicos de la personalidad, una teoría explicativa de la naturaleza de estas dos dimensiones y pretende integrar una explicación fisiológica y psicológica, basada en lo que en ese momento se conocía de la fisiología del Sistema Nervioso Central y del aprendizaje. Posteriormente, añade al modelo una tercera dimensión, Psicoticismo, integrándola en la estructura jerárquica de la personalidad.

Gray, en una primera fase, propone en una primera fase algunas modificaciones y sugerencias básicas al modelo de Eysenck. Este autor realiza una rotación de 45° de los ejes de influencia causal con respecto a las dimensiones de Eysenck, de forma que aparecen dos dimensiones nuevas: Ansiedad, que va desde el polo de Extraversión - Estabilidad (baja/ansiedad), hasta el de Introversión – Neuroticismo (alta/ansiedad); e Impulsividad, que va desde el polo Introversión-Estabilidad (baja/impulsividad), hasta el de Extraversión-Neuroticismo (alta/impulsividad). A más ansiedad más sensibilidad a las señales de castigo, de no recompensa frustrada y de novedad. El aumento del nivel de impulsividad supone un incremento de sensibilidad a las señales de premio y no castigo. El sistema fisiológico que subyace es el Sistema de Aproximación. Los niveles de Extraversión y Neuroticismo son consecuencias secundarias de las interacciones entre las dimensiones de Ansiedad e Impulsividad, de forma que en aquellos sujetos más ansiosos que impulsivos (es decir, más sensibles al castigo que al premio) se comportaran, al contrario que los extravertidos, como introvertidos.

La diferencia entre personalidad y temperamento está en que:

- ✓ para aparecer una estructura de personalidad en el individuo humano hace falta, en condiciones normales, el tiempo necesario entre la primera infancia y la adolescencia como mínimo.

- ✓ En que la personalidad se considera la denominación de una determinada tendencia de conducta que se explica por la integración que el individuo ha alcanzado -gracias a la maduración y al aprendizaje de su inteligencia, de su motivación y de su temperamento.

Por consiguiente en la actualidad casi nadie sostiene ya que la diferencia entre personalidad y temperamento pueda atribuirse a que los contenidos del temperamento son innatos y los contenidos de la personalidad adquiridos, ni a que los primeros son hereditarios y los segundos no. La característica importante que define al temperamento es la continuidad (Bates, 1989). No es lógico esperar que exactamente el mismo tipo de conducta aparezca repetido, a través de los cambios propios de la maduración y del aprendizaje, pero si podemos esperar una continuidad en la manifestación de la estructura de conducta, aunque el tipo de conducta sea adecuado a la edad (desarrollo) y a la experiencia adquirida (Thomas y Chess, 1977); por lo que la característica importante que define la personalidad es la oportunidad, o sea la manifestación de la conducta adecuada en la situación pertinente; pero existe, entre estas dos formas diferentes de considerar las diferencias individuales inter e intra, una distinción de naturaleza metodológica que debemos tener en cuenta. Según las categorías:

- ✓ Productiva,
- ✓ Clínica y
- ✓ Social

Los individuos se agruparían en compartimentos estancos sin posibilidad de transición o posición intermedia entre ellos, así se es mejor o peor, se está sano o enfermo y formas parte de la mayoría o de la minoría. Aunque desde el punto de vista de los estados esta categorización es aceptable, ya que en un momento y situación dados se puede estar en el estado catastrófico de no salud; esto no significa que estos estados sean o deban ser considerados irreversibles o no modificables, ya que en otro momento y situación la misma persona puede estar en un estado de no enfermedad.

Marcos Teóricos actuales

La Teoría de Thomas y Chess (décadas de los 60, 70 y 80)

El trabajo de estos autores constituye un gran esfuerzo en estudios longitudinales y una reacción a las teorías ambientales de la década de los 50 y 60. Las hipótesis fundamentales de su teoría son las siguientes:

El temperamento está constituido por un conjunto de patrones de conducta. Estos patrones tienen una base biológica, pero su expresión y desarrollo pueden verse atenuados, intensificados, modificados e incluso sustituidos por las influencias posnatales. Los niños desde el nacimiento, se diferencian individualmente en sus patrones de conducta, que pueden ser identificados, categorizados y medidos.

La relación entre temperamento y ambiente es bidireccional.

El temperamento no equivale a personalidad. Siempre se expresa como una respuesta ante un estímulo externo. Sólo se puede entender en función del contexto social en el que surge. De este modo, el contexto afecta a su forma y grado de expresión.

Desde esta perspectiva un concepto fundamental de la Teoría de Thomas y Chess es el de bondad de ajuste que recoge la dinámica de las interacciones entre genotipo y ambiente. Es decir, como se produce el ajuste de determinados rasgos temperamentales a escenarios específicos de desarrollo. De esta manera se puede producir un buen proceso de ajuste genotipo-ambiente o un pobre proceso de ajuste, cualesquiera que sean los rasgos temperamentales.

El método de investigación y la determinación de los rasgos temperamentales

Un estudio longitudinal desde los 3 meses de edad hasta la edad adulta, por medio de entrevistas a los padres sobre las respuestas de los niños en contextos específicos, fue el método empleado por Thomas y colaboradores para identificar nueve rasgos temperamentales, que resumimos a continuación:

- ✓ Nivel de actividad. Relacionada con la actividad motriz: durmiendo, despierto, somnoliento etc.
- ✓ Ritmicidad. Regularidad de las funciones biológicas: ciclos de vigilia-sueño, nutrición, etc.
- ✓ Aproximación-evitación ante personas o situaciones nuevas o desconocidas.
- ✓ Cualidades del humor: predominio de la emocionalidad positiva o negativa.
- ✓ Intensidad del humor. Nivel de energía de la respuesta emocional, tanto positiva como negativa.
- ✓ Tendencia a distraerse.
- ✓ Persistencia/duración de la atención
- ✓ Umbral sensorial: intensidad de estimulación que se necesita para evocar una respuesta
- ✓ Adaptabilidad: facilidad o dificultad para adaptarse a un cambio de un patrón de conducta.

A partir de estas 9 dimensiones, los investigadores encontraron, tanto a nivel clínico como mediante análisis factorial, tres tipos de temperamentos o categorías diagnósticas: temperamento fácil, temperamento difícil y lento de reacciones.

1. El Niño Fácil - este niño se mostró regular en los ciclos de comer, de dormir, de eliminación, hace un enfoque positivo de la respuesta a las nuevas situaciones, y podría aceptar la frustración con poco esfuerzo. Se adaptaron a los cambios, como nuevos alimentos o de una nueva escuela rápidamente. Se mostró de buen humor la mayor parte del tiempo, y sonríe a menudo. La mayoría de los problemas observados con estos niños fueron como resultado cuando el niño fue puesto en situaciones que requieren respuestas que son incompatibles con lo que habían aprendido en casa.
2. El Niño Difícil - este niño se mostró irregular en los ciclos de comer, dormir y eliminar. Muestran un enfoque negativo de respuesta a las nuevas situaciones, por ejemplo, llanto frecuente y ruidoso o tirar rabetas cuando se sienten frustrados. Son lentos para adaptarse a los cambios, y necesitan más tiempo para acostumbrarse a los nuevos alimentos o de las personas. La mayoría de los problemas observados con estos niños se relacionan con las pautas de socialización, las expectativas de la familia, la escuela, y los grupos de compañeros. Si se les involucra rápidamente en una situación, estos niños tenían más probabilidades de exposición de fuerte rechazo y, a veces, la oposición y la conducta agresiva.

3. Niños lentos en reacciones - este niño mostró respuestas negativas de intensidad leve cuando son expuestos a nuevas situaciones, pero poco a poco vino a aceptarlas con la exposición repetida. Tienen rutinas biológicas bastante regulares. Los problemas con estos niños varían dependiendo de las otras características que mostraron.

La Teoría de los rasgos de Bluss y Plomin

La perspectiva de Bluss y Plomin considera el temperamento como un conjunto de rasgos de personalidad que cumplen tres criterios: ser heredados, aparecer pronto en la vida y mostrar estabilidad a lo largo del ciclo vital. Los temperamentos que cumplen el triple criterio son: **emocionalidad, actividad y sociabilidad (EAS)**. Cada uno de los temperamentos se encuentra vinculado a la herencia evolutiva y al desarrollo de la personalidad y han sido observados en una amplia variedad de especies, incluyendo primates, perros y ratones. La teoría incluía inicialmente la impulsividad, aunque fue excluida por la carencia de evidencia suficiente con respecto a la heredabilidad de dicho rasgo. Además la impulsividad aparecía como un rasgo complejo compuesto de control inhibitorio, tiempo de decisión, persistencia en una tarea en curso y búsqueda de sensaciones. A continuación se resumen brevemente los tres rasgos enunciados:

1 - Emocionalidad

La emocionalidad es definida como un estado de malestar que se acompaña de un alto nivel de arousal

Durante los primeros seis meses de vida esta emoción de malestar va diferenciándose en miedo e ira.

El miedo y la ira son considerados por la mayoría de los autores como emociones universales y se expresa a través de procesos motores, expresivos, fisiológicos y cognitivos, cuya variación da lugar a las diferencias individuales. Los niños pueden diferenciarse tanto en el umbral de activación (intensidad mínima del estímulo para provocar miedo o ira), el tiempo de latencia (tiempo que transcurre entre el estímulo y la respuesta) y la duración de la respuesta. En este sentido, los niños más miedosos o irascibles, presentan un umbral más bajo, un tiempo de latencia menor y una mayor duración de la respuesta.

2 -Actividad

La actividad es un rasgo de temperamento de carácter estilístico; es decir, hace referencia a la forma en que se realizan las respuestas, y no a su contenido. La actividad es definida como el gasto de energía física, y se observa a través de sus componentes de: tiempo, vigor y resistencia. La actividad se refiere sólo a los movimientos de cabeza, tronco y extremidades.

El tiempo hace referencia a la rapidez con que se realizan las acciones. En este sentido tenemos niños rápidos y lentos.

El vigor hace mención a la amplitud o intensidad de las acciones. Los niños muy activos emplean más fuerza en sus acciones, chillan más fuerte y golpean los objetos más frecuentemente que los niños menos activos que

abrirían la puerta más suavemente, elevarían poco el tono de voz y tenderían a hablar suavemente.

En tercer lugar tenemos la resistencia que se refiere al tiempo de permanencia en una misma actividad. En este sentido los niños con una alta resistencia tienden a estar más tiempo activos a lo largo del día que los que tienen una baja resistencia.

3 - Sociabilidad

La sociabilidad se define como la preferencia que el niño manifiesta por estar con otros en lugar de permanecer solo. Los niños muy sociables están fuertemente motivados por la búsqueda de compañía y no toleran estar solos, precisando que se le preste una atención continuada. En contrapartida los menos sociables toleran mejor la soledad y buscan menos la atención de los demás, la que por exceso pueden considerar intrusiva, aunque como especie social, no pretendan el aislamiento.

El concepto de armonía en Bluss y Plomin

Blus y Plomin afirman la estabilidad del temperamento, al mismo tiempo que admiten su cambio. Consideran que el temperamento es sólo relativamente estable durante el desarrollo, dado que se pueden producir cambios que intensifiquen, estabilicen o reduzcan los rasgos temperamentales. Para definir esta relación entre herencia y ambiente Blus y Plomin (1984) definen el concepto de armonía. De este modo entre el niño y el cuidador habrá armonía cuando haya compatibilidad en los rasgos temperamentales. Así por ejemplo no se producirá armonía entre un educador muy emocionable, activo y sociable, y un niño poco emotivo, pasivo y poco sociable.

La teoría de Rothbart y Derryberry

La teoría de estos autores se considera una aproximación evolutiva, en la que se intentan integrar procesos psicobiológicos y de conducta, en una definición amplia. El temperamento lo entienden como las diferencias individuales en reactividad y autorregulación, que tienen un origen constitucional. A su vez y a lo largo del tiempo, tales diferencias individuales se encuentran influidas por la herencia, la maduración y la experiencia. Es importante destacar que Rothbart y Derryberry, en contra de una visión rígida, destacan la plasticidad de los sistemas fisiológicos y conductuales, por lo que la cuestión de las relaciones fisiología-temperamento supone el estudio de las interacciones dinámicas entre sistemas.

Componentes del temperamento según Rothbart y Derryberry

1 - Reactividad

La reactividad se define como la tendencia a experimentar y expresar las emociones y el arousal. Las reacciones son muy diferentes según cada individuo. Por ejemplo, las reacciones de un individuo después de observar las calificaciones de un examen.

La reactividad depende de muchas variables, entre las que destacan:

A - La intensidad del estímulo. Por ejemplo los estímulos muy intensos provocan reacciones negativas en los niños pequeños.

B - Novedad del estímulo. En general, los estímulos nuevos provocan una cierta cautela.

C - Estado interno del individuo, tanto a nivel biológico como psicológico. Es el caso de los estados de necesidad orgánica (por ej, hambre) o de alteración psicológica (por ej, frustración).

D - El valor de la señal. Se refiere al significado atribuido a la señal. Por ejemplo, la escucha de la voz de la madre provoca una reacción emocional positiva en el niño.

2 - Autorregulación

La autorregulación está constituida por un conjunto de procesos capaces de regular la reactividad del individuo. Se produce desde los primeros momentos de la vida. Así por ejemplo, los bebés retiran la mirada de los estímulos luminosos muy intensos. La autorregulación se puede producir a través de procedimientos relacionados con la atención, la aproximación, la retirada, el ataque, la inhibición conductual y la autotranquilización.

¿Qué factores influyen en la interacción entre reactividad-autorregulación?

El tipo de respuesta emocional. Las emociones positivas provocan conductas de aproximación y las negativas de retirada o huida.

La interpretación personal de la señal que puede generar expectativas emocionales positivas o negativas. Por ejemplo, la planificación de un viaje.

La edad y su correspondiente proceso madurativo y experiencial. El individuo se autorregula cada vez más. Así por ejemplo, mientras que actividades de autotranquilización, como chuparse el pulgar, están presentes desde los 3 meses de edad, habrá que esperar hasta los 6 meses para observar técnicas de distracción de la atención. Hacia el primer año el niño es capaz de autorregular su proximidad a los estímulos.

El Control Voluntario es el mecanismo principal. Los individuos se diferencian en la red atencional anterior, un conjunto de circuitos cruciales para controlar voluntariamente la atención hacia la información espacial y semántica. Implica la presencia de mecanismos de inhibición de los estímulos no deseados. Desde el punto de vista evolutivo, el mecanismo se inicia durante la última mitad del primer año y progresa a lo largo de la edad preescolar, alcanzando sus máximas cotas en la edad adulta, cuando se puede demorar durante mucho tiempo la obtención de un resultado.

Los diferentes estilos de cuidador ejercen una gran influencia sobre los patrones de cambio y focalización infantil de la atención.

Aunque el modelo de Rothbart considera al temperamento como relativamente estable, admite los cambios, muy especialmente las transiciones maduracionales. A su vez, cada característica temperamental tiene su rimo evolutivo y algunas, de ellas, son más estables que otras. Así por ejemplo, en el miedo, el componente de malestar opera desde el nacimiento, mientras que el de inhibición conductual aparece durante la segunda mitad del primer año y continúa desarrollándose durante el periodo preescolar.

La teoría de Godsmith y Campos

Definen el temperamento como las diferencias individuales en la tendencia a experimentar y expresar las emociones primarias y el arousal. En consecuencia, el temperamento es de naturaleza emocional, vinculado a las emociones de origen biológico y con funciones adaptativas como especie.

Estos autores consideran como temperamentales el malestar, el miedo, la alegría, el interés y el placer. Según ellos, entre las dimensiones temperamentales hay que incluir también el nivel de actividad motora, ya que refleja, en parte el nivel de activación emocional aunque no esté recogido en las emociones primarias.

A partir de lo anterior, se plantea que las diferencias individuales en las emociones primarias son innatas y tienen una aparición muy temprana en la infancia.

A su vez Goldsmith y Campos consideran sólo la expresión conductual de las emociones, sin tratar los estados internos. Para ellos, el individuo tiene tres cauces para la expresión emocional: la expresión facial, el sistema motor y el sistema vocal. Además, los individuos se diferencian según sus resultados en los parámetros siguientes: tiempo de reacción, duración de la respuesta, latencia en la respuesta, duración para conseguir una intensidad máxima, umbral de respuesta e intensidad máxima de respuesta. A través de estas variables, podemos medir, por ejemplo, las emociones de ira de los bebés.

¿Por qué estudiar sólo las emociones a nivel de la expresión conductual?

En primer lugar porque son más fáciles de detectar y en segundo lugar porque la expresión se produce en un contexto social y cumple la función comunicativa entre los individuos.

Desde el punto de vista del desarrollo y con respecto al temperamento. ¿Qué es lo que mantiene invariante a lo largo del desarrollo?

Ellos proponen tres aspectos: el tipo de meta asociada con cada emoción, el tipo de apreciación de cómo lograr esa meta y la tendencia de la acción que acompaña a la emoción. De este modo, en el caso del miedo, la meta es el mantenimiento de la integridad del individuo; la apreciación es la acción protectora vinculada a la consecución de la integridad y la tendencia de acción es la retirada.

¿Qué estructura común comparten los distintos autores?

A - Las dimensiones temperamentales **reflejan tendencias conductuales**, y no actos conductuales discretos. Estas dimensiones son descritas por conceptos tales como disposición (Rothbart y Derryberry, 1981), rasgo (Allport, 1937; Buss y Plomin, 1984; Strelau, 1987), factor (Cattell, 1935), dimensión (Eysenck, 1990) y categorías (Chess y Thomas, 1989; Kagan, 1989).

B - El temperamento **hace referencia a diferencias individuales**, en lugar de a características generales de la especie. Implica un conjunto de rasgos relacionados como son, entre otros: irritabilidad, nivel de actividad o miedo.

C - El temperamento es **relativamente estable y coherente** cuando se le compara con otras dimensiones psicológicas. Esta relativa estabilidad permite predecir el comportamiento de las personas.

D - El temperamento **tiene una base biológica**. No obstante, existen una amplia

variedad de hipótesis sobre el tipo y la cantidad de estructuras anatómicas y fisiológicas subyacentes. No obstante los ambientes de interacción modelan el temperamento, influyendo en su organización y expresión.

E - El temperamento se refiere fundamentalmente a dimensiones relacionadas con las reacciones o **características formales de la conducta**, tales como la intensidad, la energía, la fuerza, la velocidad, el tiempo y la movilidad.

F - Se asume el **principio evolutivo** que en la medida que el individuo madura, las relaciones entre temperamento y conducta se vuelven más complejas.

Desde el punto de vista de la medida del temperamento se han realizado múltiples aportaciones por medio de test a lo largo de la historia de la psicología. Dada la amplia variedad y bajo acuerdo, parece interesante indicar, como señalan **Rothbart y Mauro** (1990) las dimensiones más comúnmente repetidas por diferentes autores:

- 1 - **Malestar ante la novedad**. Adaptabilidad ante situaciones nuevas. Relacionada con el miedo.
- 2 - **Malestar irritable o irritabilidad**. Relacionada con la ira, frustración, enfado.
- 3 - **Afecto positivo**. Relacionada con risa y sonrisa, frialdad y cooperación.
- 4 - **Nivel de actividad**
- 5 - **Atención y persistencia**. Relacionada con duración de la orientación e interés.

A su vez diferentes estudios que han considerados los aspectos filogenéticos han destacado el papel de las dimensiones siguientes:

- ✓ aproximación,
- ✓ inhibición,
- ✓ evitación de daño e
- ✓ irritabilidad. Estas formarían parte de un sistema afectivo-motivacional heredado de amplio valor adaptativo.

Los correlatos psicofisiológicos del temperamento

En relación a los circuitos del cerebro, se ha venido relacionando al temperamento con el sistema límbico, el hipotálamo y el tronco cerebral, como sucede en el caso de las emociones. Desde el punto de vista de los sistemas neuronales es especialmente relevante el denominado Sistema de Inhibición Conductual que se relaciona con el Septum y con el hipocampo. A su vez, determinadas emociones básicas han sido relacionadas con determinadas estructuras. Tal es el caso de la ira con la amígdala corticomedia y el lóbulo temporal; el miedo con la amígdala basolateral central y la corteza piriforme.

En cuanto a la acción de los neurotransmisores sobre el temperamento, dos de ellas han recibido más atención: La norepinefrina y la serotonina. Se concibe que estas aminas tiene un función opuesta para mantener el equilibrio entre el arousal o reactividad (acción de la norepinefrina) y la inhibición (acción de la serotonina)¹. En

¹

consecuencia, se piensa que la norepinefrina juega un papel importante en la sobreexcitación que conlleva emocionalidad negativa y falta de inhibición conductual. A su vez, se piensa que la serotonina juega un papel importante cuando la emocionalidad negativa va acompañada de sobreinhibición.

Las teorías de la lateralidad del cerebro conciben también el temperamento como un balance entre tendencias. Según estas teorías la actividad del hemisferio izquierdo está asociada con respuestas positivas y con la activación conductual, mientras que la actividad del hemisferio derecho está asociada con reacciones negativas y con la inhibición conductual. En esta línea, Davidson y Henriques (2000) postulan que la tristeza y la depresión están asociadas con una activación frontal izquierda reducida, que refleja la disminución del afecto positivo.

A continuación se describen tres teorías que estudian los mecanismos fisiológicos del temperamento.

1 - La teoría de **Kagan** sobre la inhibición conductual

La teoría de Kagan plantea que los niños pequeños reaccionan ante la incertidumbre (provocada por sucesos nuevos o gente extraña) activando la inhibición conductual. El conjunto de los niños pequeños se distribuyen en un continuo que va desde los niños inhibidos a los desinhibidos, situándose en los extremos entre un 10 y un 15%. Estos autores sostienen que tanto la inhibición conductual como sus correlatos hormonales-visceral está regulados por la amígdala y por áreas del hipotálamo que controlan la actividad simpática y pituitaria-adrenocortical. Según esta hipótesis, se espera que los niños conductualmente inhibidos tengan umbrales de activación más bajos de la amígdala y del hipotálamo. A su vez este cuadro psicofísico se completa con un incremento en la tensión muscular, una elevación y estabilización de la frecuencia cardíaca y cambios en el nivel de cortisol.

2 - La teoría del **Tono Vagal de Porges** (Porges y Smith, 1980)

Esta teoría plantea que el equilibrio entre el sistema nervioso autónomo simpático y parasimpático refleja la integridad de los sistemas que regulan la activación y la inhibición. Mientras que la actividad simpática incrementa la frecuencia cardíaca, la actividad parasimpática produce un descenso de ésta. Porges mide la actividad parasimpática aislando el **componente de frecuencia cardíaca asociado a la arritmia seno respiratoria, al que denomina tono vagal**. Se contempla que el incremento en el tono vagal refleja una mayor madurez y organización de las áreas del tronco cerebral que controlan el S.N. parasimpático. Porges y colaboradores afirman que las relaciones entre el tono vagal y el temperamento son explicadas en su mayor parte por la regulación de la atención. En consecuencia, los niños con un tono vagal pobre mostrarán peores capacidades en la regulación de la atención, lo que a su vez llevará a una menor capacidad para regular la actividad emocional, produciendo así mayores ejemplos de sobreexcitación y respuestas emocionales más intensas. En la medida que el niño evoluciona, al final del primer año, se espera una mejora en el tono vagal que conlleva una mejora en el desarrollo de estrategias de regulación de la atención y del control de las reacciones emocionales. Esto implica, a su vez, un descenso gradual de la emocionalidad negativa.

3 - La teoría de la lateralidad de **Fox y Davison**

Fox y Davison (1984) han propuesto que el hemisferio izquierdo está especializado en el procesamiento y en la expresión del afecto positivo y de la aproximación, mientras el hemisferio derecho está especializado en el afecto negativo y la

evitación. Se emplea la actividad electroencefalográfica diferencial entre los lóbulos frontales como medida de la dominancia hemisférica para la emocionalidad positiva (H.I.) y negativa (H.D.). Aunque estas diferencias pueden ser detectadas en los primeros días de la vida, se esperan cambios ontogenéticos gracias a la transferencia entre hemisferios, lo que ocurre al final del primer año de vida, permitiendo que el hemisferio izquierdo inhiba el funcionamiento del hemisferio derecho, al tiempo que atenúa la expresión del afecto negativo y una mayor diferencia conductual entre la aproximación y la evitación. Esta asimetría funcional de ambos hemisferios ha sido demostrada en estudios con bebés de 7 y 12 meses a través de medidas electroencefalográficas. Más recientemente, Calkins, Fox y Marshall (1996) confirmaron la presencia de dos perfiles conductuales de reactividad positiva y negativa, relacionados, a su vez, con perfiles particulares de actividad eléctrica cerebral, así como también con diferentes respuestas a la novedad.

En conclusión, desde las diferentes teorías expuestas anteriormente, se espera encontrar una relación estable entre índices fisiológicos y reactividad emocional, más concretamente, se espera que un pobre tono vagal basal, un alto nivel de cortisol basal y la dominancia del hemisferio derecho correlacionen de manera positiva con la emocionalidad negativa y las tendencias de inhibición, y de forma negativa con la emocionalidad positiva y las tendencias de aproximación. Sin embargo, a la luz de revisiones más actuales (Gunnar, 1990) estos resultados no se pueden considerar concluyentes, pues mientras son consistentes durante los dos primeros años de la vida no es así a partir de esta edad. De este modo se producen resultados contradictorios en niños de más de dos años, resultando esta edad una fecha crítica. Es probable además que la maduración de los sistemas fisiológicos en torno a los dos años pueda contribuir tanto al desarrollo normativo de las emociones como a la emergencia de las diferencias individuales en el temperamento. En consecuencia, hacen falta más estudios que repliquen y profundicen en los estudios desarrollados hasta la fecha.

El desarrollo de las características temperamentales en la infancia

La reactividad emocional y motora son las dos primeras características en aparecer en el desarrollo evolutivo y se verán influidas posteriormente por la aparición de mecanismos de control. El primer mecanismo de control en aparecer, durante el primer año de vida, es la Inhibición Conductual y se caracteriza por tener un fundamento emocional muy importante. El segundo es el Control Voluntario, que depende de mecanismos atencionales, tiene un carácter más autorregulador, y se irá desarrollando en los años preescolares.

La investigación actual que examinan el cambio evolutivo y la estabilidad del temperamento, agrupándolo en las áreas de Nivel de actividad, Emocionalidad positiva, Irritabilidad y Duración de la Orientación/Autorregulación.

El nivel de actividad

Desde hace mucho tiempo, autores como Fries (1954) y Escalona (1968) han identificado el nivel de actividad como una dimensión fundamental de las diferencias individuales.

El nivel de actividad motor va cambiando rápidamente durante el primer año de la vida, tanto en la frecuencia como en el vigor a la actividad motriz. A pesar de tales cambios, muchos autores han tratado de buscar un cierto grado de estabilidad en la conducta de los niños aunque no se han encontrado resultados concluyentes. Tal vez, porque el nivel de actividad es un rasgo que se ve afectado por múltiples dimensiones. Por ejemplo, las emociones positivas y negativas pueden afectar al nivel de actividad y modificar la estabilidad del mismo, como sucede en el caso de la presencia de estímulos que provoquen miedo.

La emocionalidad positiva

Las manifestaciones de emocionalidad positiva no aparecen claramente hasta la edad de 2-3 meses. En este periodo los niños muestran un patrón conductual que incluye la sonrisa, la vocalización y la actividad motora a través del movimiento de brazos y piernas. El afecto positivo y sus expresiones se desarrollan durante el primer año de vida y los niños que sonríen en vez de llorar ante estímulos visuales y auditivos llegan a ser más sociables y presentan menos temor en su segundo año de vida, según indican Carranza y González (2003).

La emocionalidad positiva está vinculada a las conductas de aproximación del niño hacia objetos y personas. Sin embargo a partir aproximadamente de los 10 meses, las conductas de aproximación se limitan por la aparición de la inhibición conductual o miedo, especialmente por la aparición de estímulos nuevos y de alta intensidad. No obstante se va a producir un cierto equilibrio entre emocionalidad positiva y conductas de aproximación y emocionalidad negativa y conductas de evitación. Los estudios longitudinales sugieren que este balance entre evitación e inhibición va perdurar en el sujeto.

La irritabilidad

La irritabilidad o propensión al malestar, es una de las características temperamentales que pueden ser observadas desde el periodo del recién nacido. En el neonato, altos niveles de irritabilidad tienden a estar asociados con una mayor actividad y una menor orientación visual (Ruff y Rothbart, 1996).

¿Las reacciones de malestar en el recién nacido pueden predecir las respuestas de emocionalidad negativa posteriores?

Las reacciones iniciales de malestar pueden predecir el miedo social en diferentes periodos de la infancia e incluso el estilo tímido y reservado en los años preescolares según se plantea en diferentes estudios (Birns et al., 1969; Riese, 1987; Kagan, 1998). Según Kagan es muy importante especificar la causa del malestar del niño. En la mayoría de las investigaciones se observa la reacción negativa ante estímulos desagradables, táctiles, visuales o auditivos. Sin embargo en otros estudios el llanto se produjo al limitar físicamente a los niños.

Las emociones de frustración, miedo, tristeza e ira se pueden estabilizar a partir de los dos meses de edad, cuando el niño comienza a interactuar; aunque según los autores, hay una gran diferencia de opinión entre ellos sobre el momento de su estabilización, transcurre entre los 2,5 y los 7 meses. Con la aparición de la inhibición conductual como uno de los indicadores del miedo, las respuestas de ira y de miedo se vuelven más diferenciadas. En conclusión el llanto del recién nacido se transforma en emociones negativas diferenciadas a lo largo de la infancia: ira y

miedo fundamentalmente. No obstante, a lo largo del primer año, las situaciones que provocan irritabilidad son distintas. Según Kagan, la irritabilidad a los dos meses es debida, principalmente, al bajo umbral en la sensibilidad a estímulos como el frío, el hambre, los ruidos fuertes o los focos luminosos. A los 9 meses, es producida por la presencia de estímulos no familiares y a los 12 meses por la separación temporal de la madre. Posteriormente, sobre los 3 años, las frustraciones y los refuerzos asociados al llanto van a ser más variados. De este modo para estudiar la estabilidad de las reacciones de irritabilidad del niño a un estímulo sería preciso vincularlo a lo largo del tiempo al mismo tipo de estímulo, dado que cada uno implica probablemente, como señala Kagan (1998), circuitos cerebrales distintos.

Duración de la orientación/autorregulación

Las diferencias individuales en el ciclo de la atención están presentes en el nacimiento. Desde el nacimiento podemos encontrar en el neonato una atención reactiva u orientación visual hacia la estimulación exógena, que es dependiente de las características de los objetos. En este sentido, la duración de la mirada ha sido considerado un índice de la atención reactiva y es utilizado como una medida de las diferencias individuales. Tal es así que algunos autores han clasificado a los niños en “cortos” y “largos miradores”. En torno a los 4 meses se hacen patentes un conjunto de circuitos atencionales, implicados en la orientación de la atención de una localización a otra y en el ajuste de la escala o la amplitud de la atención. Se denomina red atencional posterior o red de orientación. Esta red permite al sujeto focalizar su atención (en especial visual), cambiar de foco o profundizar en uno. A su vez, la maduración de esta red permite al sujeto el desarrollo de la atención sostenida que se mantiene a pesar de las demandas situacionales. Se supone que este tipo de atención reside en zonas posteriores del cerebro.

En la medida que el niño se desarrolla, la focalización de la atención se implica cada vez más en la persecución de metas. Este cambio se relaciona con el desarrollo de la red atencional anterior o red ejecutiva. Esta red regula la atención destinada a la orientación y al lenguaje y tiene dos funciones principales:

- 1 – Dirigir la atención voluntaria hacia los propósitos y las tareas realizadas por el sujeto
- 2 – Inhibir la atención hacia los estímulos no deseados

La emergencia de este sistema hacia el final del primer año de vida permite un mayor control ejecutivo y planeamiento y cambia cualitativamente a los niños en su relación con las personas y los objetos. En consecuencia, la presencia de los dos sistemas atencionales supone una interpretación distinta del comportamiento de los niños ante estímulos que puedan producirles irritabilidad. Si bien a los cuatro meses, un estímulo muy intenso puede alterar su sistema de atención posterior ante un estímulo, como el rostro humano, a los 9 meses un estímulo muy intenso puede alterar su atención en la realización de una tarea cuyo objetivo es denominar, coger y esconder objetos.

La continuidad de las características temperamentales más allá de la infancia

El apartado que se desarrolla a continuación pretende demostrar en qué medida las características temperamentales en la infancia pueden considerarse como precursores de la personalidad posterior. Para ello, Carranza y González revisan

una variedad de estudios longitudinales que toman como punto de partida la infancia y la comparan con el periodo preescolar, la niñez e incluso la edad adulta. Haciendo referencia a una revisión de Eaton (1994) se plantea que la actividad motora de los niños irá en aumento durante la infancia y la edad preescolar hasta llegar un momento, en la propia edad preescolar,

que comienza a disminuir. La actividad se vincula con la emocionalidad positiva y las tendencias de aproximación. El nivel de actividad, la risa y la sonrisa medidas en el laboratorio a los 13 meses predice la actividad y la extraversión a los 6-7 años. En esta línea, en otro estudio de Calkins y Fox (1994) se encontró que el afecto positivo junto con la reactividad motora predecían la conducta extravertida posterior. En otro estudio longitudinal de Rothbart, Derryberry y Hershey (2001), citado por Carranza, se estudió en niños de 3, 6, 5, 10, 13,5 meses y a los 7 años el nivel de actividad y la emocionalidad positiva, así como otros rasgos temperamentales. Las técnicas empleadas fueron la observación y el informe paterno a través del cuestionario IBQ. Entre otros resultados, se encontró que el nivel de actividad en el laboratorio a los 13,5 meses se relacionó de forma positiva con la anticipación positiva, la impulsividad y la activación motora a los 7 años de edad, mientras se asoció de forma negativa con la tristeza. La risa y la sonrisa a los 3, 6 y 10 meses se relacionó con la anticipación positiva y la impulsividad a los 7 años. En resumen, la risa y sonrisa, el nivel de actividad y las latencias de aproximación predicen elementos relacionados con la emocionalidad positiva/surgencia o extraversión.

Aunque se puede observar una cierta estabilidad en la emocionalidad positiva, también se constatan asociaciones entre el nivel de actividad y la emocionalidad negativa, especialmente la ira y la frustración. Además se encontró que los niños con aproximación rápida en los primeros meses tienen problemas de control atencional e inhibitorio a los 7 años.

El estudio de Rothbart, en cuanto a la emocionalidad negativa encontró que el miedo en los primeros meses correlaciona positivamente con el de los 7 años, como sucede en los resultados de otros estudios en edades comprendidas entre los 2 y los 18 años (Lemery y otros, 1999; Kagan et al., 1988; Caspi y Silva, 1995). Las medidas de miedo en los primeros meses también predijeron la timidez, la tristeza y el placer de baja intensidad a los 7 años. Sin embargo, el miedo en este periodo no se asoció con la ira y la frustración en la niñez. Los niños con miedo alto en el laboratorio a los 13,5 meses mostraban una baja anticipación positiva, impulsividad, nivel de actividad y agresión a los 7 años. A su vez, los niños con mucho miedo a los 3 años mostraban empatía y culpa/vergüenza durante la niñez. De este modo varios autores (Kochanska, 1991, 1995) han sugerido que el miedo puede tener un papel muy importante en el desarrollo de la conciencia temprana. Ella ha encontrado que los niños temerosos muestran durante el periodo preescolar una mejor interiorización de los principios morales, exhibiendo un mejor rendimiento cuando los padres usan una disciplina suave, no orientada por el poder. Esto permite vincular el tipo de disciplina socializadora con el temperamento del niño. En cuanto a la ira y la frustración la estabilidad a lo largo de la infancia no era tan grande como en el caso del miedo, salvo en condiciones muy específicas como son las situaciones de malestar. De este modo se puede afirmar que las tendencias de ira y miedo parecen independientes. Además, dadas las relaciones con otras dimensiones temperamentales parecen depender de sistemas afectivo-motivacionales distintos. Así por ejemplo, desde la teoría de Gray (1982), el miedo y la ansiedad estarían activados por el sistema de inhibición conductual, mientras que la ira y la agresión se pondrían en marcha con el sistema de lucha/huída. A su

vez, la investigación de Lemery et al (1999) apoya la idea de que ira y miedo son independientes; en su estudio encontró que mientras el malestar/ira se asoció de forma positiva con el nivel de actividad, el miedo no se relacionó ni con el nivel de actividad ni con la ira.

En resumen, las trayectorias evolutivas del miedo y de la ira/frustración son diferentes.

En cuanto a los procesos de duración de la orientación/control voluntario, una vez que se supera el primer año de vida la maduración de la red atencional anterior o ejecutiva permitirá el desarrollo del control voluntario. El control voluntario permitirá, a su vez, la regulación flexible de los mecanismos cognitivos, conductuales y emocionales. De este modo, como afirma Carranza, una mejora en la capacidad de atención supone un mayor control inhibitorio y un menor nivel de actividad, impulsividad, ira y frustración. En resumen, determinados sistemas neurológicos relacionados con la atención, sistema anterior y posterior, prestan una gran contribución no sólo al desarrollo cognitivo sino también al temperamento.

El contexto social como marco para el desarrollo del temperamento

El temperamento del niño se desarrolla en interacción con otros sujetos en el marco cultural específico de sus escenarios de desarrollo. De este modo son muchos los autores que plantean que el temperamento y los escenarios de interacción no se pueden estudiar de manera separada. A continuación se van a describir determinados aspectos de dicha interacción, a partir de los resultados de diversas investigaciones.

Los niños de menos de un año cuyos padres manifestaban una menor sensibilidad a sus necesidades y mayores conflictos maritales cambiaron de una emocionalidad negativa baja a una alta. A su vez, los niños que redujeron una emocionalidad negativa fueron aquellos que tuvieron madres más sensibles hacia los hijos y que se sintieron apoyadas socialmente para interpretar la conducta de los hijos (Belsky, Fish e Isabella, 1991; Engfer, 1986). En ambos casos un escenario social modera el tipo de temperamento previo.

Los niños nacidos en segundo lugar, en comparación con los hijos únicos, moderaban su conducta de aproximación a un extraño. Esto no sucedía en el laboratorio (Arcus, 2001).

Algunas características físicas socioambientales moderan también el temperamento. Tal es el caso del número de miembros de la familia, el número de personas por habitación, el nivel de ruido o la desorganización familiar. Las condiciones más desfavorables se asocian a la emocionalidad negativa. A su vez, se ha vinculado el género a estas variables y se ha observado en algunos estudios (Aiello, Nicosia y Thompson, 1979; Evans et al, 1988; Earls, 1987) que los niños mostraban un mayor malestar y excitabilidad que las niñas en situaciones de estrés y hacinamiento. Además parece que los chicos también son más vulnerables que las chicas a los problemas psicopatológicos derivados de los trastornos y el malestar familiar.

La cultura como contexto para el temperamento

Aunque los estudios transculturales en la infancia no han sido muy numerosos, se han encontrado diferencias significativas en la expresión de temperamento entre algunas culturas. Así por ejemplo, se han encontrado diferencias significativas entre bebés americanos y taiwaneses. De este modo, los padres de Taiwán puntuaron más bajo a sus hijos en regularidad, actividad, aproximación, adaptabilidad, distractibilidad y umbral de respuesta, y más alto en humor negativo (Hsu, Soong, Stigler, Hong y Liang, 1981). En un estudio de Axia, Prior y Carelli (1992) se compararon niños de procedencia italiana, italoaustraliana y angloaustraliana y encontraron que los italianos eran más activos, más intensos, menos persistentes y con un umbral de respuesta más bajo que los demás. En otro estudio de Garstein y cols (2002) se compararon a los niños del primer año a través de informes de los padres en tres culturas: China, Estados Unidos y España. En las dos culturas occidentales no se encontraron diferencias en las puntuaciones medias para las escalas de temperamento. Sin embargo, los niños chinos fueron puntuados por sus padres como más activos, con más tendencia al malestar, con mayor duración de la orientación y mayor facilidad para tranquilizarse que los niños españoles y americanos. Por último no hubo diferencias en la expresión de la risa y la sonrisa.

¿En dónde residen las diferencias culturales?

En los hábitos de los padres, como es el caso de la dieta alimenticia de las madres durante el embarazo. Así por ejemplo, las madres egipcias presentaban en un estudio de McCullough (1990) una dieta baja en proteína animal, y en vitamina B6 en el organismo, lo que podía explicar los altos niveles de irritabilidad de los niños durante el periodo de lactancia.

A su vez, la cultura puede servir de moderador del significado que se concede a las características temperamentales. De esta manera, el concepto de temperamento difícil puede tener diferentes significados en diferentes contextos culturales. Por ejemplo las madres mediterráneas lo suelen asociar a las perturbaciones relacionadas con las funciones biológicas de la comida, el sueño o similares, mientras las australianas lo atribuyen a la carencia de características de sociabilidad y amabilidad en las interacciones (McCullough (1990). En consecuencia las actitudes hacia el niño pueden cambiar.

Entre los estudios más importantes sobre la interacción entre temperamento y condiciones ambientales están los de DeVries (1984, 87) y Super y Harkness (1986, 1994). Mientras DeVries (1984) realizaba un estudio entre familias Masai en Kenia con una muestra de 48 niños entre 4 y 5 meses sobrevino una gran sequía. Ello obligó a emigrar a las familias. En esta situación el estudio continuó con 13 familias, 6 niños de temperamento difícil y 7 con fácil. De los 7 fáciles murieron 5, mientras de los 6 difíciles sólo murieron dos. Aunque las conclusiones no son significativas, por la baja representatividad de la muestra, DeVries interpretó que en condiciones adversas los niños con temperamento difícil eran capaces de provocar una mayor atención materna y mejor alimentación.

No obstante, el concepto de temperamento difícil deberá ser interpretado en cada cultura, en función de los nichos o escenarios de desarrollo en los que lo niños evolucionan, dado que en cada contexto se elaboran etnoteorías distintas sobre el origen y desarrollo del temperamento difícil. Además, no debemos olvidar que la expresión de las características temperamentales de un individuo depende del ajuste que dichas características presentan con respecto a las creencias culturales. Según Kerr (2001), los valores culturales determinan como la gente percibe y responde a los rasgos temperamentales. Así por ejemplo la timidez es entendida

como negativa por muchos estadounidenses, mientras los chinos la valoran positivamente. Incluso dentro de la misma cultura, como la española, podemos encontrar subculturas, como la andaluza o la del norte de castilla que valoran de manera distinta la extroversión y la timidez.

La cultura presiona al temperamento de tal manera que un rasgo de temperamento puede ser moderado. Por ejemplo, Karr et al (1994) nos describen como en la cultura sueca, donde la inhibición es valorada positivamente, las niñas inhibidas a los dos años, lo siguen siendo cuando llegan a la adolescencia mientras sucede lo contrario con las más desinhibidas.

Relaciones entre temperamento y contexto

A la luz de la investigación actual, parece probable que los niños con determinados rasgos de temperamento provoquen determinadas reacciones en el cuidador. De este modo los niños con un nivel de actividad muy alto o fácilmente irritables provocarán una actuación reactiva de los cuidadores (covarianza reactiva, Plomin, 1977) tratando de suavizar su temperamento.

Uno de los aspectos más estudiados ha sido el de la interacción entre el temperamento difícil, el niño irritable y el estilo de interacción de los padres. En los estudios iniciales (Van den Boom y Hoeksma, 1994) se encontró que los niños eran calificados como irritables desde pocas horas después del nacimiento. Los padres de estos niños mostraban con el tiempo menos contacto físico y visual y menos estimulación afectiva, menor implicación y menor sensibilidad a las señales positivas de sus niños cuando se les comparó con las madres de los niños no irritables. De manera general se ha redundado en asociar el malestar (irritabilidad, temperamento difícil, emocionalidad negativa) con una falta de sensibilidad general y una deficiente crianza (No obstante, gracias a otros estudios se puede empezar a pensar que el problema no es tan simple sino que influyen otras variables, como pueden ser la edad de los sujetos, el género o los valores culturales. De este modo, Van den Boom y Hoeksma, 1994) estudió la influencia de la edad y cómo los padres pueden realizar un gran esfuerzo inicial, en los niños con alto grado de malestar. Sin embargo dicho esfuerzo no es mantenido y se reduce con el tiempo. Resultados parecidos se encuentran en los estudios de Martin y Watchs (1984) y otros autores.

Otra variable que parece moderar la asociación entre temperamento y estilo de crianza es el sexo. Nuevamente Crockenberg (1986) encontró que las madres fueron más sensibles a los gritos de irritabilidad de las niñas que de los niños. En esta línea, Klein (1984) encontró que los niños que mostraban reacciones intensas a la estimulación materna obtenían más contacto físico, mientras las niñas obtenían más estimulación vocal. A su vez, Simpson y Stevenson-Hinde (1985) encontraron que las madres tenían mejores relaciones con las niñas tímidas que con las que no lo eran. Justo lo contrario de lo que les pasaba con los niños. A su vez, Lamb y al (1982) y Rendina y Dcikerscheid (1976) observaron que los padres varones mostraban más implicación con los hijos difíciles y con las hijas fáciles. Como sostienen Sanson y Rothbart (1995) los distintos patrones de respuesta de los padres hacia los hijos e hijas están relacionados con sus creencias sobre la deseabilidad y la aceptación de los atributos temperamentales para los niños y las niñas.

Una tercera categoría de variables que moderan las asociaciones entre temperamento y estilos de crianza se encuentra relacionada con las características sociales y psicológicas de la madre. Fenómenos como la ansiedad materna o su nivel de competencia definido a través de la sensibilidad, calidez o compromiso estaban relacionados con la confianza/desconfianza que tenían las madres en sus relaciones con sus hijos. No obstante, la evaluación de las madres sobre los hijos en aspectos como fácil/difícil o irritabilidad tenían un impacto directo en las reacciones de los padres (Escalona, 1968, Teti y Gelfand, 1991; Cutrona y Troutman, 1986).

La experiencia de los padres parece ser otra variable de interés. De este modo Cutrona y Troutman (1986) sugerían que las madres más experimentadas y eficaces en el trato de sus hijos eran menos reactivas y exigentes cuando sus hijos presentaban un comportamiento difícil.

Otro aspecto de interés se refiere a como los niños buscan contextos que se ajusten a sus rasgos temperamentales. De este modo podemos encontrar temperamentos similares en contextos que exijan una alta estimulación o viceversa.

La naturaleza bidireccional de las conexiones temperamento-contexto

En un estudio de Van den Boom y Hoeksma, (1994) se encontró que los niños difíciles (De 12 a 18 meses) cuyas madres estuvieron muy implicadas con sus hijos en actividades didácticas consiguieron que los niños se mostraran menos difíciles con el tiempo. Sin embargo, a pesar de este resultado (del que no son conscientes las madres), las madres de niños difíciles tuvieron la tendencia a implicarse menos.

En otro trabajo de Engfer (1986) una mayor sensibilidad de la madre en el periodo neonatal predijo una mayor emocionalidad negativa en el niño a los 4 meses. A su vez, unos niveles mayores de emocionalidad negativa a los 4 meses predijo una menor sensibilidad de la madre a los 8 meses. Otros trabajos relacionan también la emocionalidad negativa con el interés de la madre (Thoman, 1990).

En definitiva, estos trabajos ponen de manifiesto que tanto el temperamento como el ambiente se influyen mutuamente y que no podemos estudiarlos separadamente. Como novedad se plantea que no podemos estudiar la naturaleza del escenario social sin conocer las características temperamentales de los individuos. A su vez la influencia del ambiente es distinta según el tipo de temperamento. A su vez, el mismo temperamento es interpretado de manera distinta en cada cultura. No obstante y en general, los niños con comportamiento difícil son más vulnerables a estresores como el hacinamiento (Wachs, 1987), la ira materna (Crockenberg, 1987), la falta de disponibilidad materna (Lumley et al., 1990) o el divorcio (Hetherington, 1989).

La contribución del temperamento al desarrollo de los individuos

Temperamento y Psicopatología

Tal como ilustra Kochanska (1995) los niños irritables tienden a establecer relaciones de apego inseguras con sus madres. Sin embargo, la relación irritabilidad-apego inseguro no es directa, sino que existe un componente mediador. La irritabilidad de los niños parece conducir a sus madres a una forma menos efectiva de cuidados que en el caso de las madres de los niños no irritables.

En un estudio de Earls y Jung (1987) sobre una muestra de 95 niños entre 2 y 3 años de edad, al comprobar la relación entre el temperamento del niño y el ambiente familiar a los dos años y los problemas de conducta a los 3 años, solamente las características temperamentales de alta actividad, baja adaptabilidad, alta intensidad y humor negativo estuvieron relacionadas con posteriores problemas de conducta.

Además, Bates et al (1985) han señalado que la predicción del tipo de trastorno de conducta a partir del temperamento difícil puede depender de las interacciones con otras variables familiares.

Entre otros estudios son interesantes los que relacionan el temperamento con el déficit de atención/hiperactividad. Lambert (1982/1988) y Prior et al. Encontraron que un perfil de temperamento asociado al diagnóstico de hiperactividad, caracterizado por humor negativo, baja persistencia y adaptabilidad, alta intensidad, actividad y distractibilidad.

En conclusión, como plantea Carranza se ha encontrado un patrón de resultados que vincula las variables temperamentales en la infancia con los problemas posteriores de conducta internalizante y externalizante. De entre estas variables, se han destacado las expresiones de afecto negativo y las variables relacionadas con los sistemas de control, y la inhibición versus desinhibición conductual. Se ha encontrado también que el temperamento puede tener una contribución al desarrollo de otras patologías, tales como el Déficit de atención/Hiperactividad, o poner a los sujetos en riesgo psicosocial, como la pobreza o los malos tratos. Las explicaciones a estas asociaciones son complejas en la mayoría de los casos, siendo únicamente el temperamento un factor de riesgo que entrará en interacción con otros fenómenos ambientales, que actuarán como estresores, para dar lugar a la conducta psicopatológica.

Temperamento y apego

Los estudios tradicionales han investigado, de manera unidireccional, la influencia del temperamento en el apego. Sin embargo, la influencia es recíproca. Seifer y Schiller (1998) indican que el temperamento y el apego pueden estar relacionados de dos formas. La primera se refiere a que la variabilidad temperamental entre los niños podría influir en la interpretación de la evaluación del apego. Tal es el caso de un niño con tendencia al malestar (irritación e ira). En este caso y ante la separación de la madre, el niño protestaría más que un niño con temperamento más relajado y probablemente sería calificado como de apego inseguro por un investigador que utilizase la técnica de la situación extraña de Ainsworth. La segunda hace referencia a que las diferencias individuales en las características temperamentales de los niños durante el primer año de vida pueden influir en la naturaleza de las interacciones entre el niño y los padres, que son cuidadores principales en la conformación del apego. En esta situación, un niño propenso al malestar podría provocar que la madre estuviese cada vez menos tiempo con él y

acabase desarrollando un apego inseguro.

La discusión de las relaciones entre temperamento y apego fue iniciada hace años por Kagan (1982) y Sroufe (1985). Mientras Kagan planteaba que el tipo de temperamento influía intensamente en la conducta del niño y, en consecuencia, en la medida del apego seguro, Sroufe argumentaba que el cuidador sensible proporcionará lo que el niño necesita, sea cual fuere el temperamento del pequeño. De este modo Kagan sugería (1982) que las diferencias en los patrones de apego, seguros, e inseguros ambivalente y evitativo, provenían de los diferentes tipos de temperamento, lo que implica maneras diferentes de reaccionar ante situaciones de tensión. Así por ejemplo, en la prueba de la Situación Extraña de Ainsworth los niños inhibidos reaccionarían con más miedo que los más activos y aproximativos. En consecuencia serían más difíciles de calmar cuando la madre regresa tras la separación.

Como señalan Grusec y Lytton (1988), en el mismo trabajo de Ainsworth et al. (1978) encontramos apoyo al planteamiento de Kagan de que la categoría de apego de los niños indica una reacción básica al estrés, y que la misma se presenta de una forma continua desde el nacimiento. De este modo, en la descripción de los patrones de apego, Ainsworth destaca que el llanto aumenta y la exploración disminuye desde A a B a C, en todos los episodios de la Situación Extraña, y no solamente cuando la madre está ausente. En defensa de la postura de Kagan se pueden emplear también argumentos sobre los efectos hormonales. Tal como nos explica Tennes (1982) existe una relación lineal entre el nivel de cortisol al año de edad y el grado de alteración que mostraban los niños cuando eran separados de sus madres. De esta manera, los niños que **no** se alteraban ante la separación de la madre presentaban un nivel de cortisol bajo, al contrario que los niños afectados por la separación.

El temperamento a través de los informes de los padres y sus relaciones de apego

A pesar de que la mayoría de las investigaciones, que han tratado de vincular los informes de los padres sobre el temperamento del niño con las clasificaciones del apego de la situación extraña, no han encontrado unos vínculos significativos (Seifer et al., 1996), si se ha descubierto una relación entre el temperamento difícil, la propensión al malestar y el apego resistente e inseguro. Se evidencia muy especialmente una relación entre la emocionalidad negativa y las reacciones de malestar del niño en los episodios de situación extraña (Calkins y Fox, 1992). Esta conclusión se pone también de manifiesto cuando se relaciona el tipo de temperamento con las medidas obtenidas a través de la prueba Q-sort. La relación sólo ha sido revelada ante la separación y no ante el efecto de reunión con la madre. Así por ejemplo, los niños con niveles altos de emocionalidad negativa tenderían a ser contemplados con niveles bajos en la seguridad del apego. De este modo, un tipo de temperamento irritable provocaría una baja sensibilidad en las madres y en consecuencia un tipo de apego inseguro, salvo en los casos en los que las madres hayan sido entrenadas para mejorar su sensibilidad. No obstante, algunos investigadores piensan que el tipo de temperamento no influye en que el niño desarrolle un apego seguro o inseguro sino más bien en la forma de expresar su inseguridad o seguridad ante la situación extraña.

Algunos investigadores (Calkins y Fox, 1992; Kagan, 1998) diferencian dos tipos de

reacciones de malestar: la que se produce por la separación de la madre en la situación extraña, de la que se produce ante una situación novedosa, por ejemplo de miedo o limitación de movimientos. Incluso Kagan plantea que provocan la activación de circuitos cerebrales distintos. En esta línea, Calkins y Fox demostraron que el malestar (miedo) en la reacción a la novedad a la edad de 5 meses no se encontraba asociado a las reacciones de malestar en la situación extraña.

No obstante y a modo de conclusión y como señala Carranza, citando a Thompson (1998), es muy difícil deslindar los efectos de las características psicológicas del niño de los efectos de la calidad del cuidado materno y en consecuencia las investigaciones deberían abordar otras dimensiones que puedan estar en juego.

A modo de conclusión, hemos visto que el temperamento y el apego se encuentran relacionados fundamentalmente en la forma que los niños regulan el afecto y se enfrentan al estrés. La cuestión más interesante e importante radica en el modo en que la individualidad temperamental interactúa con el cuidado sensible para conformar un apego seguro o inseguro; no obstante, pocos estudios nos dan información sobre este proceso interactivo, debido a que la mayor parte se centran en la más directa asociación entre temperamento y apego. Algunos tipos de irritabilidad, incluyendo la irritabilidad general neonatal, el malestar ante las limitaciones, el malestar ante la novedad y el malestar a la separación son características temperamentales que se han asociado con la seguridad de apego. Pero si bien hemos visto que la irritabilidad neonatal puede predecir un apego inseguro, también se ha comprobado que el vínculo de apego puede estar mediado por la sensibilidad de la madre. Está claro que, aunque la dirección causal parece la adecuada, todavía necesita ser matizada. La diversidad de resultados muestra no solamente la complejidad que subyace a la relación entre el temperamento del niño y el cuidado de los padres, sino la importancia de considerar hipótesis que estudien el desarrollo de las relaciones entre la individualidad temperamental y los patrones específicos de cuidado (Carranza, 2004).

Temperamento y lenguaje

El temperamento parece jugar un papel importante en los mecanismos implicados en la adquisición y desarrollo del lenguaje. Entre las dimensiones temperamentales, el control atencional y la emocionalidad positiva parecen mostrar las influencias más llamativas. El control atencional es la dimensión que aparece más frecuentemente en todas las investigaciones como participante esencial de la producción lingüística. En diferentes estudios (Rothbart y Bates, 1998; Thomas y Chess, 1977) los resultados indican que, alrededor de los 13 meses es cuando se produce la maduración del control atencional anterior y, a su vez, comienzan las diferencias individuales en la producción lingüística. La segunda dimensión del temperamento es la emocionalidad positiva que a través de la expresión de afecto parece pronosticar un estilo referencial y analítico. Además, produce las reacciones positivas de los cuidadores y una mayor atención hacia el niño.

Temperamento y Conciencia

El modelo de Kochanska sobre los orígenes de la conciencia

El modelo conceptual de Kochanska (1993) propone que el temperamento puede

contribuir a la aparición y desarrollo de la conciencia. La autora postula dos componentes de la conciencia. El primero o **afectivo** está compuesto por el estado de activación y las emociones de miedo, derivadas de la ansiedad, culpa o remordimientos ocasionados cuando se comete o anticipa una transgresión, y el proceso evolutivo durante el cual estos sentimientos aparecen y llegan a ser más diferenciados. En segundo lugar se encuentra un componente de **control conductual** que se refiere a la capacidad para resistir y ejercer un control cuando uno se enfrenta con impulsos prohibidos. En ambos casos, se plantea que tipo de temperamento puede explicar las diferencias individuales entre los niños.

El malestar afectivo de la conciencia moral

Los niños pequeños durante el periodo en que comienzan a andar empiezan a reaccionar ante situaciones incorrectas expresando una especie de sentimiento de que "algo va mal". Cuando cumplen los dos años comienzan a experimentar emociones negativas ante la trasgresión y al cabo de tres años manifiestan un compleja variedad de reacciones emocionales. En consecuencia, los tipos de temperamento, que se suelen expresar habitualmente en términos afectivos o de activación, tienen que ver con la manera de reaccionar de los niños ante la trasgresión. En esta línea, en un estudio longitudinal de Kochanska (1991) con 58 niños de clase media, de un año y medio a tres años y medio encontró lo siguiente cuando tenían 8 años: Los niños que en la infancia habían sido diagnosticados como inhibidos y habían tenido madres que habían usado el razonamiento en lugar de la sumisión como disciplina contaron historias que eran indicativas de una conciencia moral relativamente estricta. Sin embargo, entre los niños que eran desinhibidos, el uso por parte de las madres de, o bien un razonamiento o un estilo autoritario no estaba relacionado con la severidad de la conciencia moral del niño. De este modo, los niños inhibidos estuvieron afectados por el estilo de socialización de los padres más claramente que los niños desinhibidos. En consecuencia, los niños inhibidos son más vulnerables a los estilos autoritarios o aversivos que los desinhibidos, mostrando una mayor sensibilidad al castigo, presentando frecuentes y acusadas reacciones de miedo. En consecuencia, los inhibidos son más respetuosos que los desinhibidos con la disciplina familiar.

El control conductual de la conciencia moral

En contraste con los aspectos reactivos del temperamento en el componente afectivo de la conciencia moral, el control conductual no es una emoción, sino una capacidad de inhibición voluntaria que sirve de modulación de la conducta, o de autorregulación.

Aunque el control voluntario puede estar bastante bien desarrollado hacia los 4 o 5 años de edad, existe evidencia de que la regulación mejora en general, a través de la niñez y edad adulta (Postner y Rothbart, 1998).

Los niños que tenían mayor control voluntario retardaron sus respuestas de ira al tiempo que mostraron una intensidad más baja en su expresión. Esta capacidad para controlar la conducta y retrasar la gratificación ha permitido predecir algunos años después de su evaluación resultados positivos, tales como la competencia académica y social y la capacidad para enfrentarse con la frustración y el estrés.

A pesar de la influencia de los aspectos afectivos y del control conductual, la conciencia moral se ve sometida a una mayor regulación cognitiva, en la medida

que se desarrolla el niño, y a otras dimensiones tan importantes como la experiencia del propio sujeto. En definitiva, si no queremos caer en un reduccionismo psicológico deberemos de tener en cuenta tanto los aspectos psicológicos, interpsicológicos, como culturales, para explicar de la manera más adecuada los procesos y conductas morales.